

bam
bú

El regreso de Doble-P

Fernando
Lalana



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 1989, Fernando Lalana
© 1989, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Laura Ferracioli

Decimoquinta edición: mayo de 2010
Cuarta edición en Editorial Bambú
ISBN: 978-84-8343-017-0
Depósito legal: M-19.015-2010
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

Preámbulo _____	7
------------------------	---

Primera parte

¡Al refugio! _____	13
¡Interceptados! _____	21
Los sabios _____	37
¡Que no se entere nadie! _____	47

Segunda parte

No estamos solos _____	61
La COCODIVERVIJI _____	73
Ciudadanos de a pie _____	87

Tercera parte

Un tipo muy importante _____	107
La huida _____	123
Cien millones y un avión _____	134
Parada y fonda _____	143
La viejecita del metro _____	155
¡Extraviado! _____	165
El regreso de Doble-P _____	180

Epílogo _____	188
----------------------	-----

PREÁMBULO

Estimado lector:

Deseo aclarar que escribo este libro forzado por las circunstancias.

Esta es la crónica de diez meses irrepetibles en la historia de la humanidad.

La llegada de los habitantes de Jijo a la Tierra fue, desde el primer momento, noticia de primera plana en todos los medios de comunicación mundiales. Un acontecimiento tan normal como el que habitantes de otros mundos tuvieran la cortesía de visitarnos, ocasionó un revuelo desmesurado. Los seres humanos hemos sido siempre algo atolondrados, histéricos y exagerados. En aquella ocasión, convertimos un suceso corriente y moliente en una

verdadera zapatiesta. Se hicieron y dijeron muchas tonterías. Se escribieron montañas de falsedades e inexactitudes. Se metió la pata infinidad de veces. Por eso he decidido escribir este libro: para sacar a relucir la auténtica verdad sobre aquellos hechos. Para resolver dudas y disipar confusiones sobre lo sucedido.

Y, sobre todo, para dejar en claro cuál fue el verdadero motivo de su marcha y el porqué jamás han vuelto por aquí.

He contado para ello con los inestimables testimonios de Nicolás Molinero y Margarita González, los primeros humanos que entraron en contacto con un habitante de Jijo. Y, por supuesto, con los escritos de don Doble-P-F-13, el primer jijense llegado a la Tierra, en solitario, varios meses antes de que lo hiciera el resto de sus compatriotas.

En otro libro de esta misma colección se narra en detalle la epopeya de este pequeño héroe espacial. Para la publicación de esta segunda parte, he elegido de nuevo esta editorial por su reconocida seriedad y solvencia.

Gracias, lector por tu atención y perdón por el «rollo». Un saludo.

El autor

Primera parte

**¡LA HUMANIDAD
EN PELIGRO!**

La noche del jueves 21 al viernes 22 de mayo



¡Al refugio!

*Jueves, 21 de mayo, 21,35 horas.
Palacio de la Moncloa.*

Don Elías, el presidente del Gobierno español, estaba esa noche, como casi todas las noches, jugando al billar con su amigo Florentín. Florentín era electricista. Él se encargaba de cambiar las bombillas fundidas y de arreglar los enchufes estropeados del palacio del presidente. Algunos quizá piensen que ser presidente de un gran país es más importante que ser electricista. Es posible. Pero, por otro lado, Florentín jugaba al billar mucho mejor que don Elías, y le ganaba cuantas partidas jugaban, noche tras noche. Y, a pesar de lo uno y de lo otro, Florentín y el presidente de la nación eran grandes amigos.

Tuc, tac-tac...

–Carambola –anunció Florentín.

–Ya, ya lo veo –admitió don Elías con resignación–. Es que no fallas ni una...

Tuc, tac–tum–tac.

–Otra carambola.

–¡Que bárbaro! Llevas treinta y dos seguidas. Si haces la siguiente, vas a batir tu propio récord.

Pero cuando Florentín estaba a punto de golpear la bola con el taco, la puerta de la sala se abrió de par en par y, tras ella, apareció don Leandro, el ministro de Defensa. Traía los pelos de punta, los ojos desorbitados, flojo el nudo de la corbata.

–¡Señor presidenteee! –gritó, dramáticamente, alzando los brazos.

–¡Aaaaah! –gritaron a un tiempo Florentín y don Elías, llevándose las manos al pecho.

–¡Vaya susto, Leandro! – exclamó el presidente–. ¿Qué ocurre? ¿Por qué entra usted aquí de este modo?

–¡Señor presidente! ¿Es que no ha visto usted el telediario de esta noche?

Florentín y don Elías se miraron, extrañados.

–Pues no. Estábamos aquí, jugando nuestra partida y ...

–¡El colmo! –gritó el ministro de Defensa–. El mundo al borde del cataclismo y usted, jugando al billar.

–Pero, ¿de que está hablando, ministro? –preguntó Florentín–. ¿Qué cataclismo es éste?

–Se lo explicaré cuando lleguemos al refugio. ¡No hay tiempo que perder! ¡Vamos!

El ministro se abalanzó sobre el presidente, se lo cargó al hombro con la habilidad de un voluntario de Cruz Roja y salió corriendo pasillo adelante. Florentín les siguió sin soltar siquiera el taco de billar.

–¿Qué hace, don Leandro? –protestaba don Elías–. ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Suélteme! ¡Déjeme en el suelo ahora mismo!

Pero el ministro de Defensa, desoyendo las órdenes del presidente, se lanzó escaleras abajo, camino del sótano. Tomó a continuación otra escalera, que les condujo al segundo sótano. Y, por fin, descendieron hasta un tercer sótano, supersecreto, donde se encontraba el refugio antiatómico del palacio presidencial.

–¡Buf! ¡Arf...! Creo que... ¡buf, buf! ya estamos a salvo– dijo don Leandro, casi sin respiración, mientras cerraba la gigantesca puerta de acero de casi un metro de espesor.

El presidente y su amigo Florentín se miraron, angustiados.

–Entonces... ¿ha ocurrido la catástrofe? –preguntó el electricista.

–Sí. Ha ocurrido –confirmó el ministro de Defensa, tapándose la cara con las manos–. ¡Es el fin de la humanidad!

–Cielos... ¿Quiere usted decir... que algún insensato ha lanzado un ataque atómico? ¿Que se ha producido el holocausto nuclear? ¿Que ha estallado la Tercera Guerra Mundial?

El ministro levantó la vista, lloroso.

–Peor–dijo–. Mucho peor...

Don Florentín y don Elías alzaron las cejas, con sorpresa.

–¿Peor que la guerra termonuclear y que la bomba de hidrógeno?

–Sí, señor presidente.

–¡Explíquese de inmediato!

Don Leandro tomó aire y lo soltó, por fin.

–Señor... ¡Los marcianos han invadido la Tierra!

–¿Quéee...?

–¡Así es! –exclamó don Leandro, mesándose los cabellos–. ¡Sanguinarios alienígenas extraterrestres dispuestos a dominar el mundo! ¡Como en las películas antiguas!

–¿Está usted seguro de eso, ministro? –preguntó Florentín, algo escéptico.

–No me creen, ¿verdad? ¡Pues aquí tengo la prueba!

Del bolsillo de la chaqueta sacó don Leandro una cinta de vídeo y se dirigió con ella a un rincón de la sala donde, sobre una mesita, había un magnetoscopio y un televisor en color.

–Esto es lo que todo el país ha podido ver esta noche en el telediario, hace apenas unos minutos.

El vídeo se tragó la cinta como si fuera una hamburguesa y, un instante después, apareció en pantalla un extraño ser de color verde musgo, con la nariz en forma de trompeta y montado en un curioso aparato, mitad platillo volante y mitad motocicleta.*

«Buenas noches a toda España –dijo el extraterrestre, muy educadamente–. Disculpen que interrumpa la emisión, pero necesito enviar un mensaje. Será solo un momento.»

Florentín y el presidente miraban la pantalla, boquiabiertos y estupefactos, mientras el ministro de Defensa se mordía las uñas nerviosamente. El alienígena se aclaró la garganta y continuó:

«¡Doble–P, sobrino mío! Soy yo, tu tío Doble–H. Estamos aquí, en la Tierra. Si me estás oyendo, ponte en contacto con nosotros a través de la radio. Tenemos muchas ganas de volver a verte. Tu tía te envía un beso muy gordo. ¡Ejem! Bueno, pues eso es

* Ver *El viaje de Doble-P*, número 5 de esta misma colección.

todo. Hala, ya pueden continuar con sus programas. Hasta otra, y muchas gracias.»

Terminado el mensaje, podía verse en la grabación cómo el extraterrestre reemprendía el vuelo en su nave y abandonaba los estudios de televisión, mientras cundía la alarma en el plató.

—¡Ya lo han visto! —gritó don Leandro—. ¿Qué me dicen ahora, eh?

Florentín y don Elías se habían quedado de una pieza.

—En efecto, podría tratarse de un ser de otro mundo —reconoció Florentín— pero, la verdad, a mí no me ha parecido tan terrible como para organizar toda esta trifulca.

—Y da la sensación de ser pequeñito, ¿no? —completó el presidente—. Como de... de un palmo de altura, más o menos, calculo yo.

—¡Ay qué risa, tía Felisa! —se choteó don Leandro—. Conque un palmo de altura, ¿eh?

—Esa sensación me ha dado, sí...

—Y a mí —añadió Florentín.

—¡Pues de eso, nada! —aseguró, tajante, el ministro—. Debe de tratarse de un efecto óptico; un sucio truco para engañarnos. Estoy seguro de que se trata de un extraterrestre enorme y despiadado. Debe de ser el jefe de un monstruoso ejército interplanetario

de poderosas naves, armadas con rayos desintegradores, bombas de neutrinos y... y... ¡Yo qué sé!

–Cálmese, don Leandro, por favor –le recomendó Florentín– y deje de decir tonterías.

–¿Tonterías? ¿Que yo digo tonterías? ¡Ya veremos si son tonterías cuando esos invasores interplanetarios nos achicharren con sus armas siderales! ¡Esto es el fin!

–Vamos, vamos, ministro –intervino el presidente–. La verdad es que le veo muy nervioso. Mire, vamos a hacer una cosa: como en este refugio hay de todo, ¿quiere usted que le hagamos una infusión de tila? Estoy seguro de que le sentará de maravilla.

El ministro se dejó caer sobre una silla cercana respirando con dificultad.

–Lo siento, señor presidente. Yo odio la tila. Pero ahora que lo dice, una manzanilla creo que me sentaría bien –admitió don Leandro, desabrochándose el cuello de la camisa.

–Eso está hecho, hombre.

Y mientras Florentín le preparaba la infusión al ministro, el presidente cogía el teléfono y llamaba al jefe de policía.

–Don Olegario, soy el presidente. ¿Ha visto usted el telediario de esta noche?

–Sí, señor presidente.

–¿Y tiene usted alguna idea al respecto?

–Quizá, señor presidente. ¿Recuerda lo que le ha dicho el extraterrestre ante las cámaras de televisión a ese sobrino suyo?

–Pues...

–Ha dicho: «Ponte en contacto con nosotros a través de la radio».

–Sí, es cierto. Ahora lo recuerdo perfectamente.

–Pues bien: interceptando esa emisión de radio, quizá podríamos localizar al sobrino del extraterrestre. Es difícil, pero podemos intentarlo.

–¿Y una vez que lo hayamos localizado?

–Habría que capturarlo y obligarlo a que nos dé información sobre sus compañeros.

El presidente dudó. Si los extraterrestres venían en son de paz, se llevarían una pésima impresión de los terráqueos. Pero, en caso contrario, lo mejor era tomar la iniciativa, como sugería el jefe Olegario.

–De acuerdo –concedió el presidente–. Intente localizar esa llamada con todos los medios de que disponga. E infórmeme inmediatamente de los resultados.

Inquieto y preocupado, don Elías colgó el teléfono. Casi en el mismo instante, el ministro Leandro empezaba a tomarse su taza de manzanilla a cucharaditas.